

Por una parte se habla de que la Iglesia y los curas no deben meterse en política, y, sobre todo no deben incurrir en el gran error histórico que suele denominarse genéricamente "constantinismo" simbolizado en la cruz y la espada. Desde distinto flanco se les reprocha al modo de Merleau Ponty: "Cuando se trata de llevar a cabo una revolución justificada, que pretenda desterrar de este mundo cualquier forma de desigualdad, jamás podemos contar con los cristianos, porque los cristianos relativizan todo compromiso temporal".

Por otra parte, a algunos sectores de la sociedad, ciertas palabras en boca sacerdotal, suenan peligrosas. Relacionar el Sacerdocio con los conceptos de política, revolución o liberación, es provocar chispas de alta tensión. Las Academias, los Gobiernos y las Curias prefieren vocablos estereotipados y sólo admiten lo que viene en "papel timbrado" y en fórmulas retóricas. No se trata sin embargo, de una guerra semántica sino de una postura nueva del Sacerdote que busca la conversión del hombre en una sociedad distinta, más libre, más justa, humana y evangélica.

En medio de esta situación ambigua y conflictiva de la Iglesia frente a los cambios sociales, se encuentra la figura problemática del Sacerdote de hoy.

A medida que la Iglesia toma conciencia de que forma parte del mundo y de que la salvación es una realidad actuante en la historia los problemas intraeclesiales van pasando a un segundo plano. La nueva perspectiva supone una orientación hacia el servicio radical de los hombres.

Progresiva aunque tímidamente el Pueblo de Dios asume su papel de sacramento visible, es decir de signo de la salvación de todo el mundo. Sin embargo su constitución como revelación eficaz del llamado a la comunión con Dios y a la unidad del género humano comprende además de una invitación una grave responsabilidad frente al mundo.

Si la comprensión de un signo exige claridad la Iglesia debe transparentar visiblemente el mensaje de que es portadora.

De ahí que la ruptura con un orden social injusto y la búsqueda de nuevas estructuras eclesiales puedan considerarse como las tareas más apremiantes en el proceso de liberación de América Latina.

Existe indudablemente un desfase entre la reflexión teológica y la base de la comunidad cristiana. El cambio de actitudes seguirá más bien el ritmo marcado por la conciencia de la jerarquía y de los sacerdotes. Desgraciadamente el resto del pueblo todavía cuenta poco en la dinámica del Pueblo de Dios.

LA IGLESIA JERARQUICA EN LA LIBERACION:

En este proceso, puesto que no hay un proyecto concreto de futuro específica y exclusivamente cristiano, hay que evitar la tentación de formar un catolicismo de izquierdas o de exigir a la Iglesia oficial su acoplamiento público a las filas de la revolución.

IGLESIA

SACERDOCIO

y

LIBERACION

Jesús M. AGUIRRE S. J.

De todos modos en su función de dinamizar las motivaciones que determinan la acción debe ser mucho más operante. De la Iglesia se espera que baje de la abstracción de los principios nebulosos que agradan a tanta más gente cuanto más vacías están de contenido, y se dedique a una fenomenología de los signos de los tiempos, acercándose a la realidad, para motivar las exigencias de la acción.

Hugo Assman, al proponer la necesidad de signos profundos de conversión que impliquen una ruptura con el status quo para manifestar oficialmente su libertad, muestra sus dudas, para salir al paso de ellas y añade: "Otro problema es si se pueden imaginar sujetos mediadores entre la Iglesia Universal y el cristiano individual que pudiesen asumir lo que la Iglesia como totalidad no puede asumir".

Indudablemente si la Iglesia quiere recuperar su disponibilidad profética chocará inmediatamente con los que detentan el poder real del status quo, lo que significa forzosamente aparecer unilateral, es decir, comprometido eficazmente.

El reto actual que se plantea a la Iglesia jerárquica es el de su autoliberación en el mundo latinoamericano ante el que pretende ser testigo, y una transformación de su estilo pastoral.

Dentro de este marco se entienden perfectamente las respuestas de Dom Candido Padin, Obispo de Bauro (Brasil), ponente también de la Semana, al entrevistador de la revista española Vida Nueva (22 de Julio de 1972). Preguntado sobre los consejos que daría desde su experiencia latinoamericana a los obispos que quisieran dar pasos para ser verdaderamente pastores de los pobres y servidores de los que sufren, contestó: "Sugiero, en primer lugar, que renuncien a la conocida figura social de un Obispo. **La sociedad burguesa que se llama cristiana, aprecia mucho al obispo como figura de adorno.** Gustan de las ceremonias sagradas donde el obispo completa el esplendor de la suntuosidad. Gustan de la presencia del Obispo para fotografiar la ceremonia del casamiento, de la bendición de un banco o de una Empresa Comercial. Se sienten incómodos cuando el estilo de vida del Obispo contradice la exhibición suntuosa. En segundo lugar, sugiero que se acostumbre a participar en encuentros con grupos de Laicos, sus diócesanos, para oírlos más que para decretar ideas y normas. Esto, no significa renunciar a su función de pastor y de jefe que debe ciertamente orientar. Creo necesario que las orientaciones y normas sean dadas después de un paciente esfuerzo para conocer y comprender las aspiraciones de los diferentes grupos que componen el pueblo al cual él debe servir. No pretendo dar recetas a nadie, solamente manifiesto lo que resultó bien en mi experiencia diocesana."

Otro tanto puede decirse a los sacerdotes, religiosos y religiosas que ostentan altos cargos eclesiásticos.

EL SACERDOTE EN LA LIBERACION

Este fue un tema que afloró continuamente en la Semana. J. Comblin en su ponencia sobre "Movimientos e Ideologías en Latinoamérica" afirmó que de la inadecuada formación teológica que se imparte en muchos seminarios y de la falta de respuestas pastorales apropiadas han surgido los sacerdotes reductivamente políticos. Por su parte el argentino A. Buntig, del grupo "sacerdotes para el tercer mundo", sintiéndose aludido, aclaró a su tiempo, que ellos asumían su papel en la liberación no como políticos sino como sacerdotes. Lo cierto es que existe una crisis de identidad sobre la función y el sentido mismo del sacerdocio.

Sin pretender hacer tipologías sociológicas sólo queremos constatar la existencia de sacerdotes instalados y evasivos frente a otros que consideran un deber tomar posiciones radicales en el campo político. En medio de este conflicto muy acusado en la Iglesia Latinoamericana, unos han abandonado su ministerio por la falta de significación de su sacerdocio, otros han claudicado por las resistencias internas de la Iglesia y por la inoperancia de un trabajo estimado como puramente

religioso y desligado de las urgencias del continente. Pero la comunicación de experiencias de la semana en el Escorial fue una confirmación de que cada vez son más numerosos los que han encontrado un renovado sentido a su sacerdocio o vida religiosa en el compromiso con los sectores oprimidos y con su lucha por la liberación.

Para ellos el evangelio, Palabra del Señor, mensaje de amor, es una fuerza liberadora que va a las raíces mismas de toda injusticia.

LA PALABRA LIBERADORA:

Hoy más que nunca se insiste en el papel crítico-profético de la palabra de Dios. R. Vekemans hablando del sacerdocio de la palabra y política explica: "por el anuncio del Evangelio el sacerdote debe, antes que nada desacralizar la política", y más adelante "la palabra viene a interpelar al hombre para despertar en éste su vocación más profunda y a liberarlo de la ilusión de encontrar su plenitud en las tareas de este mundo únicamente".

Sin embargo parece que pocos se han percatado de las mediaciones ideológicas que sufre la palabra de Dios en la teología y en la predicación. La tarea de desideologización exige una conversión permanente, porque la fe sólo puede captarse en el proceso de su ideologización.

J. L. Segundo criticó de Shillebeecx su enorme ingenuidad al pretender que la teología no puede nunca ser ideología porque no hace otra cosa que explicitar la realidad gracias a la Revelación. Como si la comprensión de la fe no conllevara una determinada constelación sociológica, o no sufriera el impacto de la praxis.

Así muchas teologías se han elaborado en países ricos olvidando una mediación importante: la injusticia internacional y la existencia de pueblos periféricos dominados.

La utilización ideológica no precisa ser consciente; muchos elementos conceptuales de la cultura dominante se infiltran con la ósmosis ambiental.

La necesidad de aplicar la sospecha cristiana a conceptos tales como "unidad", "pecado", "gracia", etc., es perentoria porque ni la teología ni la predicación parrenética se identifican adecuadamente con la fe. A modo de muestra el mismo J. L. Segundo aplicó esa sospecha al concepto de **unidad** tan manipulado por los grupos dominantes en la Iglesia.

¿La comunidad cristiana no está manteniendo una unidad ambigua, confusa? ¿La aparente neutralidad verbal de la Iglesia no encubre las injusticias de la situación? ¿No se rehuyen las traducciones históricas de unos conflictos reales por los intereses creados? Todavía habría que preguntarse si lo que nos une es más importante que lo que nos separa y si la unidad de los cristianos hay que ponerlo en un credo nacional.

Esta pequeña muestra nos lleva a considerar la necesidad de un estatuto crítico entre praxis social y teología y la ur-

gencia del proyecto de desideologización de un pueblo ideologizado durante siglos por las élites del poder.

Por otra parte es fundamental tener en cuenta el contexto en el que se anuncia la Palabra, bajo peligro de esterilizar toda predicación. Hoy podremos lamentarnos de la omnipresencia de lo político, pero nadie, ni siquiera la Iglesia puede sustraerse a este hecho, y menos después de sus actuaciones pasadas. La neutralidad y el silencio en caso de injusticia es simplemente conformidad.

Si resulta estéril proclamar valores humanitarios en contradicción con las actitudes prácticas, resulta más peligroso tomar palabras ajenas al evangelio como palabra de Dios, sobre todo cuando las asambleas litúrgicas no poseen sentido crítico.

Un primer paso debería llevar a romper el equívoco resultante de unir contenidos discutibles de la predicación con una forma autoritaria de la misma, y a distinguir entre las palabras de absolución y reconciliación en que se da la identidad entre Palabra de Dios-palabra humana, y la predicación ministerial.

Si, como dice M. Josuttis, la predicación política directa o indirecta es inevitable ésta "exige de la teología práctica y de la praxis eclesial nuevos modelos de predicación que respondan mejor al carácter intrínseco de la parénesis exhortativa".

El ministerio autorizado no implica que el tipo de predicación vigente es el único posible.

Junto a esto es importante señalar que la reflexión del sacerdote sobre la realidad ha de partir de la escucha del pobre que interpela desde la nada del sistema, porque pobre es el que no tiene el valor

supremo del sistema, hoy por ejemplo el dinero. Desde ahí ha de estudiar la voz del pobre como "revelador de Dios", en expresión de Dussel, para analizar el pecado concretado en la opresión.

En esa solidaridad concreta y efectiva con los hombres y clases explotadas se desencadenará hoy la potencia liberadora del anuncio evangélico.

LA ENTREGA LIBERADORA:

La Eucaristía como acción de gracias expresa que Cristo ha desencadenado la liberación hasta su nueva venida. Como memorial supone una aceptación siempre renovada del sentido de su vida: la entrega total a los demás.

Pero si la Eucaristía se realiza en la iglesia, y simultáneamente, la iglesia es construída por la Eucaristía, nos hemos de preguntar por las condiciones reales en que se verifica este paso liberador así como por las exigencias que entraña.

La unión de los cristianos entre sí, con Cristo, y a través de él con el Padre, pasa por la condición de la koinonía fraterna. Esta koinonía exige más que palabras un servicio concreto de fraternidad y una participación real en los bienes necesarios para la existencia.

Por eso la celebración eucarística se vacía de significación cuando no existe el compromiso real contra el despojo en favor de una sociedad solidaria.

Un conglomerado de explotadores y explotados incapaz de plantear sus conflictos para la construcción de una real fraternidad humana solamente puede representar una mascarada de "comestiones" egoístas pero no una comunión.

Si el mantenimiento de una unidad fic-

ticia que camufla la realidad nos lleva a limar la acción punzo-cortante de la Palabra de Dios y las exigencias de la Eucaristía con eso de no herir ni molestar a nadie, debemos revisar en el Evangelio si Cristo no tuvo roces con nadie.

La crisis de la Eucaristía está ligada precisamente a ese vaciamiento de su anuncio de una realidad nueva, y de su denuncia de una realidad conflictiva.

Las causas de una lucha de clases no se superan con fórmulas aparentes de paz con todo el mundo, política seguida por todas las grandes empresas que quieren lograr el mayor número de clientes posible, aun a costa de su condición de consumidores anónimos, heterogéneos y amorfos. Ya es una constatación en Opinión Pública la correlación existente entre la ampliación de un público y la progresiva neutralización de unos mensajes cada vez más ambiguos.

La cuestión urgente para el sacerdote en la Eucaristía no es la de cómo introducir la lucha de clases en el seno de su colonia de feligreses, porque esta lucha existe ya, sino la de cómo superarla sin ocultarla en aras de la construcción de una comunidad auténtica y de una nueva sociedad.

No existe una liberación del pecado que no toque arraigados egoísmos e intereses político sociales. La Eucaristía es fiesta y resurrección, pero no hay que olvidar que ha habido un muerto por en medio. Los enfrentamientos son inevitables.

Ante esta crisis **Gustavo Gutiérrez explica que se ama a los opresores liberándolos de su propia e inhumana situación de tales, liberándolos de ellos mismos, pero que a esta no se llega sino optando resueltamente por los oprimidos.**

LA PRAXIS POLITICA:

Las formas de acción del sacerdote en las tareas de liberación pueden ser innumerables. El denominador común de todas ellas, como hemos señalado, es la opción por los oprimidos. Esta opción antecede a discusiones posteriores sobre la conveniencia o no de la actuación estrictamente partidista del sacerdote en la lucha por la toma del poder.

Tal vez este asunto no hubiera saltado hoy con esa virulencia si los sacerdotes activa o pasivamente hubieran seguido del brazo con los grupos dominantes. La historia latinoamericana y española abundan en mártires que han muerto con el poder y en excomulgados o rebeldes que han muerto contra el poder. Hoy como ayer no preocupa tanto el sacerdote metido en política sino el sacerdote comprometido con los explotados.

A nivel teológico, según explica R. Vekemans en el libro citado antes, "no hay, en la definición del sacerdocio, nada que contradiga intrínsecamente un compromiso temporal. Puesto aparte dentro del Pueblo de Dios, Iglesia de Cristo y humanidad, pero no afuera, ni al lado, ni menos encima, el sacerdote sigue siendo un hombre entre los hombres, un ciudadano de la ciudad terrena, solidario de todos y, por tanto, urgido de contribuir a esta solidaridad en la medida de su competencia". Un poco más adelante señala acertadamente que los peligros de pasiones desbocadas y odios acechan tanto a los sacerdotes como a los seglares, pero que no se ve por qué estos tendrían que ser los hombres de las "manos sucias" y aquellos "los puros".

Pero inmediatamente después de estas afirmaciones de principios da un giro a la cuestión, no para articular esos principios en la realidad, sino para replantear de nuevo teóricamente el problema.

Esta vez parte de que el sacerdote es signo y aval de la comunidad eucarística, que ha de estar unida, con lo que rechaza la participación política del sacerdote en los partidos en vista de los posibles odios y divisiones. Como se ve la cuestión está de nuevo en el punto inicial.

Para la teología de la liberación el problema de la pertenencia a un partido se sitúa a su nivel estratégico-táctico, porque el nivel de praxis en que se presenta el problema no soporta cuestiones indefinidamente teóricas.

De ahí las diferentes respuestas prácticas, aun dentro de la misma perspectiva de liberación. Hay quienes como Assman opinan que deben comprometerse con los grupos más vanguardistas incluso como militantes. Otros como Dussel, ante el peligro de eludir responsabilidades más serias, prefieren arriesgarse en la propia profesión como teólogos liberadores.

El balance de pros y contras no puede analizarse fuera de contexto. Por eso es preferible hablar de métodos para buscar las respuestas más oportunas.

Lo que sí hace falta sin duda es un discernimiento del sacerdote con la comunidad cristiana en la que vive, es decir, a nivel de base y sobre la praxis concreta.